



Literatura
MANUEL GREGORIO GONZÁLEZ

El mito de la profundidad

El Acanalado publica 'Herejes' de Chesterton, una colección de ensayos sobre la norma, la ortodoxia y el mundo moderno

Herejes * Gilbert Keith Chesterton * El Acanalado * Barcelona, 2007 * 230 páginas * 17 euros



■ Creo que fue Robbe-Grillet, el hombre de la *nouveau roman*, quien dijo que había que acabar con "los viejos mitos de la profundidad"; esto es,

con el espesor del idioma, con la varia carga histórica, religiosa, cultural, que arrastra cualquier palabra por el hecho de estar viva y transformarse, según el albur del tiempo y la fortuna (Venezuela se llama así por Americo Vespucio, cuando vio que las tribus vivían sobre el agua, como en Venecia). Hoy parece claro que Grillet fracasó, y que su "literatura para agrimensores" (Guillermo de Torre), es apenas un arcaísmo, una extraña y sombría bagatela crecida con el XX. De ahí también que Chesterton conserve una impensada actualidad, una fascinante energía, que viene no tanto de su postularse sobre el mundo, como de la búsqueda de la oscuridad, del dogma, de los olvidados resortes que mueven y sacuden al ser humano aunque lo ignore. Y a esto bien podemos llamarle profundidad, o pensamiento radical, como quería Ortega.

No hace mucho hablábamos aquí del *William Blake* de Chesterton, y de la fabulosa indagación que hizo sobre la obra y la vida de aquel genio abismado y visionario. En esta ocasión nos toca hablar de *Herejes*, con lo cual, ya se está trasladando la discusión al



Chesterton, liberal y teólogo sobrevenido, en pose filantrópica.

ámbito de la fe, del paradigma, de la ortodoxia, siendo así que quienes se quedan fuera de este canon son sujetos como Bernard Shaw, Kipling, Oman Jayyan, Yeats o H. G. Wells. En definitiva, poca cosa. Sin embargo, al tratar la "herejía" de estos escritores, Chesterton no hace sino postular la suya propia, pues un católico inglés (liberal o no, es lo de menos), no deja de ser, en cierto modo, una extravagancia. Chesterton aduce en contra de los citados escritores un gran número de razones y paradojas deslumbrantes, bien sea en contra del cientifismo, del socialismo, del aristocratismo, el imperialismo,

etcétera. Y naturalmente, en todas ellas resulta vencedor el genio raudo y anguloso de G. K. Chesterton. También es cierto que se trata de polémicas unilaterales, y que desconocemos la respuesta, o la ausencia de ellas, que dieron los interpelados. No obstante, Chesterton agrupa a estos talentos, no por su carácter herético, sino por cuanto tienen de ortodoxia paralela, de discurso cerrado y visión propia. Al final, lo que se mueve bajo este retablo ensayístico, es la necesidad, apreciada y razonada por Chesterton, de una dogmática que aporte luz al mundo, de un mundo clausurado y en orden; y

eso es lo que encuentra en la obra de Kipling o de Wells, aunque luego se demore en argüir a la contra. En palabras del polemista de Beaconsfield: "Los árboles no tienen dogmas. Los nabos son singularmente tolerantes".

Quiere decirse, pues, que Chesterton defiende como tarea principal del hombre la construcción de normas, de sistemas, de un corpus intelectual y humano, que él encuentra, como ya se ha mencionado más arriba, en un catolicismo liberal y belicoso. Lo cual no obsta para que se interese, y de qué modo, por todos aquellos con el genio suficiente para aportar una dogmática particular, un universo

ORTODOXIA

En esta magnífica recopilación de ensayos, Chesterton se nos muestra como apólogo de los dogmas

propio (y equivocado, según Chesterton), que dé explicación al absurdo milagro de la existencia. No hay, sin embargo, en toda esta obra, un solo signo de amargura, de rencor, de menosprecio. Chesterton escribe desde la malicia y el humor, mas nunca desde la cólera o el afán injurioso. El arma de nuestro héroe no es otra que la paradoja. Y ello quizá porque las palabras, su uso habitual, no dicen lo que decían y ocultan bajo ellas una realidad más ancha y contradictoria. O lo que es igual, el mito de la profundidad: profundidad del idioma, apelmazado y urgente, y profundidad del hombre, que ignora cuanto le mueve y le seduce. ¿Y qué mueve al hombre, según Chesterton? Obviamente, el misterio, la curiosidad, una trémula ansia de infinito. Lo cual se traduce en el problema de la religión, en el problema de la ciencia; y en el problema de la ciencia como sustituto de la religión. No otra es la base última de este libro. La pérdida de la fe, mas un vago y universal temor a lo mecánico.